

MÚSICA DE UN POZO AZUL
TORBORG NEDREAAS



Bergen, a comienzos de siglo XX. Cuando el verano llega a su fin, Herdis, una niña de 10 años, asiste al final del que hasta entonces había sido su mundo: sus padres se divorcian al tiempo que estalla la Primera Guerra Mundial. Los ecos del conflicto llegan a sus oídos a través de las conversaciones de los adultos: miedo, avaricia, resentimiento social y pronto, en Rusia, una revolución... Enfrentada al estruendo de mundo adulto, cruel y lleno de mentiras y pretensiones, Herdis, soñadora y solitaria, se resguarda en la penumbra y busca su propia música. La naturaleza fulgurante, una melodía que surge de los elementos más inesperados, un libro en blanco para escribir sus poemas y su nueva bicicleta serán su única compañía auténtica.

MÚSICA DE UN POZO AZUL

Torborg Nedreaas

MÚSICA DE UN POZO AZUL

Solo el nombre era azul. El pozo en sí era negro, o gris platino, o verde botella, o marrón como una ciénaga. Antaño tuvo una tapa pintada de azul. Por eso lo llamaban «el pozo azul. –Decían–: ¡No debéis ir al pozo azul! Una vez, el pequeño Lars se cayó dentro». La madre de Herdis le advertía: «Si vuelves al pozo azul, te daré una paliza».

Herdis se sentía atraída por el viejo pozo como si escondiera una aventura desconocida. Por la noche había estrellas allí abajo, las había visto con sus propios ojos. Pero Judith, Ester, Peder y la madre del pequeño Lars decían que El Maligno estaba allí abajo. En aquella época, Herdis lo creía. Tenía miedo del Maligno, aunque temía a Jesús por lo menos con la misma intensidad. Pero eso fue hace mucho tiempo. Seguramente hace más de un año. Cuando era pequeña.

Había música abajo, en el pozo. Una vez se lo dijo a Ester y a Judith, pero se sonrojó de inmediato. Resultaba demasiado difícil contar de dónde venía esa música. Y así ocurría con muchísimas cosas. Era difícil hablar de ellas. En cuanto salían de su boca se tomaban mentiras. Por eso decían: Herdis miente. Judith y Ester se miraban y luego miraban a Herdis. Judith decía: «Estás mintiendo. Lo sé. –Entonces Herdis gritaba, un poco fuera de sí–: ¡Pero el arroyo canta! Cuando llueve, una señora se pone a cantar en el arroyo».

Para ir allí sí tenían permiso. Herdis llevó a las dos incrédulas niñas al arroyo, al lugar en el que una pequeña

pendiente se precipitaba en una poza. Dijo: «¡Chitón!», y las tres aguzaron el oído durante un rato. Ella les explicó entre susurros que debía haber un silencio total para poder oír la canción. Y al escuchar cómo subía y bajaba aquella voz por encima del arroyo, aquel bello tarareo, sintió una enorme alegría en su interior.

«¡Ahora la escucharéis vosotras mismas!», musitó.

Pero no tardó en entristecerse, pues las otras dos no oían nada aparte del murmullo del arroyo.

Se alejó de ellas diciendo: «No quiero estar con vosotras, seguro que me pegáis las pulgas». Así se convirtieron en sus enemigas, algo que la entristeció mucho.

Como ellas no decían nada, se dio la vuelta y, con un nudo en la garganta, dijo: «Tenéis las manos llenas de verrugas».

A continuación, lloró un poco, y sus lágrimas eran finas y agrias, pues así son cuando una llora en completa soledad.

Pero eso sucedió hace mucho tiempo, una vez, en mitad del verano. El cielo se había despejado. Todo era ya más vasto y fresco. En el aire flotaba una dulce fragancia a confitura. Las tardes habían empezado a ser más oscuras, con estrellas en el cielo. La costa del fiordo parecía estar más lejos todavía y, a la vez, resultaba más nítida. Había permanecido todo el verano sobre un horizonte azulado, u oculta tras la neblina. Ahora distinguía una casa con el tejado rojo, campos de labranza de un suave ámbar, campos de un color verde fresco y árboles de un verde sombrío. La pequeña isla en la que solían colocar las redes de pesca cuando su padre estaba de visita se había adentrado más en las profundidades del fiordo. Pero trazaba con nitidez los riscos con sus luces y sus sombras, y el musgo y las rocas, y los oteros y las grietas.

Un tenue tono nostálgico marcaba aquellos días, el tupido crepúsculo llegaba justo cuando el rojizo sol vespertino iluminaba la casa, por el lado de la cocina, con la me-

sa puesta fuera, tan acogedora, con la leche y las tostadas para la cena.

Aquel momento del verano era el mejor. Ya lo había experimentado antes. Lo reconocía como si fuera una amiga a la que no había visto durante una buena temporada.

Todo iba bien aquella tarde. Todo estaba tranquilo y en orden. Su madre se había acercado al pueblo con unas grosellas negras y rojas para confitar. Antes de marcharse, había dado un beso a Herdis, la había zarandeado, había jugueteado con su pelo, le había soplado en los oídos y se había burlado de ella, sonriendo. Todavía sentía el calor de las caricias de su madre. Eran como una risa interior. No obstante, se alegró de que se hubiera ido. Así podría estar levantada hasta más tarde. Jenny no era tan exigente. Una vertiginosa sensación de libertad le recorría la piel. Se poseía a sí misma, podía hacer lo que quisiera.

Podría haber ido a los pastos si hubiera querido. Hasta los prados donde Judith, Ester y Peder habían acompañado a su madre para ordeñar a las vacas, lejos, en el establo. Escucharía las solitarias esquilas que desde allí alcanzaban el mar junto al que se había sentado para ver el crepúsculo extendiéndose a lo largo de la costa. Abajo, entre las rocas que asomaban en bajamar, el agua escupía en las algas, relamiéndose. Se oía el agradable tañido de las esquilas. Una cancioncilla apacible.

Y entonces escuchó algo que había guardado en su interior como un secreto.

Eran canciones. Canciones que no se parecían a otras canciones que conocía, pero que habían llegado hasta ella aquella primavera a través de la ventana abierta del caserío blanco.

Recordaba hasta el más mínimo detalle de aquel día. Estaba reviviéndolo justo en ese momento, paladeando su buen sabor. Pero las canciones no llegaban. Solo oía el mar repiqueteando las piedras. A su espalda, las copas de

los árboles lanzaban un pausado susurro que recorría la reluciente superficie marina como un escalofrío.

Cerró los ojos.

Estaba contenta incluso antes de que llegaran al case-río blanco. Había sido uno de esos días buenos. Había estado con su madre en el pueblo y se había comprado unas sandalias nuevas que se puso de inmediato. Y tela para un vestido marinero que le cosería su madre. Hasta ella se había comprado unos guantes nuevos y una pieza de encaje blanca y suave para coserla en el interior de su chaqueta. Tanta novedad resultaba de lo más divertido. Las sandalias nuevas danzaban por la soleada acera provocando un alegre estruendo que recordaba a las castañuelas de su madre. Herdis trotaba agarrada a la mano de su madre. Atravesaron el parque de camino a casa, su madre hablaba del viaje al pueblo y de todas las cosas estupendas que iban a hacer. Estaba de verdad con Herdis, respondiendo a todo lo que esta preguntaba sin limitarse a decir «hmmm» ni abstraerse en sus propios pensamientos como solía hacer.

Entonces su madre se detuvo delante de un bonito case-río blanco, escuchando. Desde una ventana abierta les llegaron los acordes de un piano. No era una canción que se pudiera cantar, sino un espumoso torrente de notas que impregnaba el aroma de las flores del parque. Notas, notas... Y muchas de golpe. Miles de notas. No obstante, había una canción en el fondo de esas miles de notas. Una canción triste. Tremendamente bella y tremendamente triste. Pero sobre todo bella. Más bella y deliciosa de lo que la razón podía concebir. No se parecía a lo que tocaba cuando la profesora de música de Herdis le decía que lo había hecho bien. Y era bastante más extraña e inquietante que lo que su madre tocaba.

La música subía y bajaba por su interior causándole una sensación de júbilo casi insoportable. En silencio y un poco asustada, alzó la vista hacia su madre. Parecía que su

rostro estuviera desdibujándose, haciéndose añicos. Con los ojos cerrados, estaba en otra parte. Pero la mano que se encontraba en el interior de aquel terso guante apretó la suya, y una oleada de calor le recorrió el brazo, entre pequeños y dulces escalofríos. Soltó la mano de su madre, quería estar sola. Quería sentir en completa soledad la belleza que salía a borbotones de aquella ventana abierta.

Su madre comenzó a caminar despacio. Un leve aroma a perfume escapó de su bolso cuando lo abrió para buscar su pañuelo. Después se levantó el velo y se secó los ojos con delicadeza. ¡Pero estaba sonriendo!

Herdís se rezagó un poco. La música se hacía más débil a medida que se alejaba, pero siguió escuchándola aun cuando había desaparecido del todo.

No podía hablar y no sabía si iba a echarse a llorar. Pero todo estaba bien.

Desde entonces buscó aquella música en su interior. En alguna ocasión sonó, pero ya no era la misma. Eran nuevas notas, nuevas melodías en un fragor de notas. Unas veces se trataba de canciones tristes, y otras, alegres, pero cuando las escuchaba se sentía muy dichosa. Aunque no siempre las encontraba cuando quería. A menudo, eran otras las que sonaban, inoportunas: salmos y cánticos que había aprendido en la escuela o algunas de las que su madre solía interpretar.

Aquel verano la música solo había sonado en una ocasión.

El pozo. El pozo azul.

No es que pensara ir a aquel peligroso pozo azul. Se levantó y se quedó de pie con un pequeño canto rodado en la mano. Cuando lo arrojó al mar, la resplandeciente superficie emitió un débil sonido de cristales rotos. La playa lanzó un suspiro y se hizo el silencio de nuevo.

Sus sandalias crujían en la gravilla mientras subía lentamente la cuesta.

Jenny había encendido una lámpara en la cocina. Daba una luz anaranjada, que se tornaba azul alrededor de la ventana. Sin embargo, el cielo resplandecía transparente, color aguamarina. Todavía no estaba lo bastante oscuro.

Tal vez quedaran aún algunas grosellas negras. Ya estaba permitido cogerlas. Los groselleros, que despedían un olor amargo y algo rancio, se encontraban al otro lado de la cuesta, donde el pequeño campo de patatas.

El pozo azul estaba muy cerca, pero no tenía pensado ir hasta allí.

Cerró los ojos e inhaló el fresco y húmedo olor de las plantas de patatas, que se extendían cual harapos por la tierra rasgada. Olía bien.

La oscuridad entre los arbustos le impedía ver grosella alguna. Había grandes ortigas que tampoco distinguía. Así que tomó la curva que bordeaba el pozo azul con el fin de evitarlas.

Una tapadera cubría el pozo. Una cosa fea y oxidada de hojalata o algo similar. Y habían colocado piedras en los bordes para mantenerla en su sitio, como si alguien quisiera teparle la boca al pozo para que no pudiera respirar.

La tapadera emitió un desagradable sonido chirriante cuando la levantó. No obstante, le pareció que salía un leve destello del pozo, una especie de mirada agradecida. Por lo demás, estaba oscuro. También había anochecido un poco. Eso era bueno.

Herdis nunca había tenido miedo de la oscuridad. Le daba sueño o le traía pensamientos agradables, y a veces una música dulce. Percibía la oscuridad como algo apacible y familiar que la envolvía igual que un terciopelo suave, reconciliándola consigo misma.

Se sentó de lado en el brocal de piedra mirando fijamente el interior del pozo, ese enorme ojo negro. Aguzó el oído y sintió un poco de frío. Le llegaron las risas de Jenny desde la ventana de la cocina. Una amiga había ido

a visitarla y debía de haber olvidado que Herdis tendría que estar ya en la cama.

Se quedó escuchando hasta que no alcanzó a oír el extraño goteo que venía de las profundidades del pozo, solo la música que este le regalaba.

Atravesó su piel, se instaló en su interior, aquella música procedía del silencio y de la penumbra y comenzó a brillar. Se quedó sentada con la boca abierta y la mirada perdida, sumergida en una dulzura más allá de toda comprensión.

Aquel hermoso silencio fue desgarrado por tres estúpidos e insistentes graznidos cuyo eco se amplificó por encima de las copas de los árboles.

La música se hizo añicos, dispersándose por la penumbra como un collar de perlas desgarrado.

Contempló desolada el interior del pozo, buscándola. Entonces se dio cuenta de que estaba mal sentada, de que en aquella postura se hacía daño. Movi6 los pies hacia delante y los apoyó en un pequeño saliente del brocal. Sintió un pequeño escalofrío al notar que la superficie estaba resbaladiza. Desde las ignotas profundidades, surgió una oleada de frío que se elevó hasta ella. La ausencia de música dejó una sensación de vacío en su interior. Al ir a colocar los pies en el otro lado, notó que la piedra a la que se agarraba con una mano estaba suelta.

Todo ocurrió muy deprisa. Sin duda, había hecho alguna tontería porque al instante sintió miedo. Sus pies resbalaron sin darle tiempo más que a agarrarse del lado equivocado de forma torpe y desgarrada.

Su cuerpo se deslizó lentamente hacia abajo, se quedó colgada de los brazos. La angustia revoloteó a su alrededor con negras alas de pájaro. Jadeaba buscando aliento mientras presionaba las rodillas y los pies contra la escurridiza roca. Su grito de auxilio se tornó un vano gruñido. Su cuerpo no osaba ceder sus fuerzas a su voz.

Toda su conciencia se concentró en aquel trémulo cuerpo pegado a la pared del pozo, un animal muerto de miedo. Sus dedos, dos garfios inertes de hueso, se clavaron en el borde del pozo. Pero ya no los sentía. Solo a través de sus hombros supo que sus manos, su carne y sus uñas, se habían aferrado a él. Se habían convertido en piedra y en humus, y en las ortigas que crecían encima. Su boca era la desgarrada mueca de un grito que no se atrevía a salir. Ni las lágrimas se atrevían a brotar. Solo sus exánimes manos la sujetaban, con la débil ayuda de unas rodillas separadas despellejándose contra la resbaladiza roca.

Una de las rodillas encontró una suerte de agarre en un hueco cortante. Un cálido reguero de sangre le resbalaba por la pierna, aunque no sentía dolor alguno. No sabía cuánto tiempo llevaba colgada así, inmóvil y encogida. Tal vez un año.

Entonces alcanzó a mover uno de sus pies. Fría y pegada como un caracol fue reptando milímetro a milímetro, buscando aterrorizada los salientes, tratando de no pensar en nada.

Cuando al fin logró apoyarse en algo firme y afilado, contuvo el aliento. Su corazón no latía. Tan solo temblaba y rugía en sus oídos con un estrépito gris. Apretó la tibia contra algo que sobresalía de la pared y sintió cómo perforaba su pantorrilla. El dolor parecía transmitirle un mensaje. Gélidos espasmos le recorrieron el cuerpo, titilantes cual débil llama de esperanza. Los latidos de su corazón regresaban con dificultad. Soltó el aliento de tal forma que este, como si de una cálida telaraña se tratara, retornó de la roca a su cara. Agarrada como una lapa, sufrió la tortura de sentir su pantorrilla desgarrándose, despacio, con aquella cosa dura que debía de ser un clavo enorme o algo así. Tuvo que pegar el muslo a un lado a fin de subir el pie lo suficiente sin resbalarse un milímetro por la pared. Pasó mil horas sumida en una ciega locura de pánico y

obstinación antes de poder colocar el pie en aquella cosa dura.

Había conseguido sujetarse.

Su corazón empezó a latir de nuevo. Un pequeño martillo le golpeaba la nuca. Palpitaba en los rasguños y en las heridas sangrantes. Martilleaba en su cuello y en sus dedos exánimes, que se habían tornado piedra en el borde del pozo. Al final, palpitaba emitiendo un pequeño pitido que explotaba con cada latido.

La angustia que había revoloteado ciegamente en su interior se le clavó en el estómago, se resguardó en él como un gran pesar. Solo en ese instante se atrevió a alzar la cabeza y mirar hacia arriba.

Se fijó en una estrella de color verde claro. Un maravilloso calor recorrió su cuerpo, pero al instante una humillante quemazón abrasó sus laceradas piernas. En el fondo del pozo, el goteo prosiguió durante mucho tiempo.

Entonces volvió a pegar la cabeza contra la roca. Un olor frío y enmohecido subía por su interior provocándole náuseas.

Cargaba con un gran peso sobre los hombros, un cúmulo plúmbeo que empezaba a hacerse tan insoportable como un dolor de muelas. Lo percibía, a pesar de estar aturdida. No sentía ningún otro dolor, solo el de aquel desagradable peso de la vida y la muerte sobre sus delgados hombros. Ahora debía concentrarse en el pie que tenía en el perno. Podría impulsarla hacia arriba. Hacia la verde luz de la estrella. Hacia el mundo.

No se movió.

Una vacua somnolencia la invadió entera, sus pensamientos y todo su cuerpo. Solo podía pensar en imágenes. En el reloj que hacía tictac en la casa del pueblo, en los cromos que le regalaban al comprar los libros nuevos del colegio y en el macetero del balcón de casa, con aquel intenso olor a capuchina. Eran buenos pensamien-

tos, pero no conseguían evitar la sensación de mareo, cada vez más fuerte.

El tiempo se detuvo. Desde arriba, del mundo, le llegó un ligero crujido que le recordó a una camisa de seda. La fresca fragancia de la tarde estival, que suspiraba allá arriba, le acarició la frente. Volvió a hacerse el silencio.

Ahora tenía que impulsarse con el pie y subir, pero esa idea se había convertido en algo nauseabundo y enfermizo, y se quedó quieta.

Un ojo la observaba desde el fondo del pozo. Un gélido vértigo revoloteó en su estómago. Desde el oscuro remolino del fondo subió un aliento que recorrió con un susurro dulce y seductor su cuerpo extenuado para luego meterse en sus oídos. Algo que venía de allá abajo la tocó, debilitándola. Al cerrar los ojos sintió cómo sería dejarse resbalar hasta toparse con una oscuridad de terciopelo negro y sumergirse en un vertiginoso abismo de música dulce, descanso y calor.

Quizá durara solo un instante. Y después abrió los ojos y apretó los dientes con una furia y una obstinación súbitas.

La angustia había recobrado vida y demandaba energía de sus miembros cansados. Tras soltar un frenético gruñido, giró la pierna para afianzarse mejor en el perno. Agotando sus últimas y miserables fuerzas, se dio impulso con el pie, y sintió que se lo hacía encima como un bebé. El muslo y la pantorrilla le temblaron como un alambre durante toda una noche, y durante muchas noches, intentando alzarla hacia el exterior.

Hacia arriba. De regreso al mundo.

El aire vespertino parecía templado después del crudo helor del pozo. El aire del mundo estaba repleto de aromas vivos que aspiró por su trémula boca. El mundo la recibió con los fastidiosos picores de las ortigas. Al igual que un sapo con las ancas bien abiertas, reptó con las ro-

dillas y los codos hasta alejarse un buen trecho del pozo, que intentaba succionarla hacia su oscuridad.

En aquel instante oyó su nombre. Jenny daba vueltas por la casa gritando su nombre. Ella quería responder. Se levantó con dificultad e intentó avanzar, pero no consiguió ni gritar ni correr. En aquel instante, le sobrevino una náusea alevosa e irresistible y, de inmediato, el aire se llenó de pájaros negros que la cegaban y le cortaban el paso. Las ortigas se alzaron fustigándole cuello y brazos.

Mil notas y una dulcísima música comenzaron a borbotear desde el interior del pozo formando una fuente que la elevó meciéndola en un torrente de alegres melodías de vals para luego lanzarla por todo el mundo mientras le hacía cosquillas en el estómago. Vivió nueve vidas en cien años. Entonces alguien le pegó. Parecía querer romperle las piernas, azotando su cuello y sus brazos con las ortigas.

Aquello la despertó. Yacía junto al grosellero con uno de los brazos metido entre las ortigas, la piel cubierta de heridas abrasadoras y los miembros doloridos. Sucia como un bebé, con toda la ropa desgarrada. Escuchó alborozada que Jenny la estaba llamando.

MIENTRAS FLORECEN LOS TRÉBOLES

Los tréboles florecieron por segunda vez. Algunos eran rojos, otros de un azul grisáceo y otros blancos y rosas. Herdis recolectaba los más rojos porque eran los más bonitos. Judith recogía pensamientos salvajes, margaritas y algo que se asemejaba a botones de oro. Era pelirroja, su melena era más clara y de un naranja más ardiente que el de Herdis. También tenía pecas en lugar de cejas. Sus ojos eran de color azul claro, igual que el cielo sobre sus cabezas, y parecían totalmente desamparados. Dos grandes incisivos blancos sobresalían entre sus labios rojos. Tras mirar sus flores y las de Herdis preguntó:

—¿De veras has cogido los rojos? Si hay otros mucho más bonitos.

Herdis miró sus grandes flores con agrado y respondió:

—Los tréboles rojos son bonitos. Lo son.

—Son estúpidos.

¿Estúpidos? Herdis ordenó un poco su ramillete, cambiando las flores de sitio.

—Pero son buenos. Buenos y bonitos.

Se escucharon unos pasos en la curva que bajaba por el sendero. Judith se irguió, curiosa.

—¡Por ahí viene tu padre!

Herdis, asombrada, se giró. ¡Si era viernes!